MUERTE AL INVASOR

a

MUERTE AL INVASOR

Introducción

La conciencia del pleno derecho a la independencia y la soberanía, que define la existencia de una sociedad y un territorio autónomos, se generó progresivamente en los habitantes de esta banda del Virreinato. Como acuciosamente han mostrado los historiadores nacionales existía antes del movimiento de 1810, enfeudada, oscurecida y revelada en los hechos concretos del vivir diario, y así, como vista a través de un espejo, sobrevivió a lo largo de la Patria Vieja y aun de los primeros años de la vida independiente.

Más que en intereses y en una explicación racional, se fundamentó sobre espontáneas reacciones que podrían haberse tildado de irracionales, nacidas de sucesos históricos perfectamente delimitados, de gustos y de opiniones aparentemente caprichosos que traducían el sentir *de una población, más que su* pensar *reflexivo. Uno de los elementos catalizadores de este proceso fue la vivencia del pertenecer a una marca fronteriza que caracterizó a la Banda Oriental, referida a aquella imprecisa y siempre violada frontera que debía custodiarse contra los "portugos", codiciosos invasores. Y luego contra los brasileños, amenaza aún más grave, porque en más de una oportunidad atentaron contra el ya adquirido concepto de libertad del pueblo oriental.*

Para comprobar la existencia de este afán autonómico quizás nos convenga más interrogar a la musa popular que a los dictámenes sesudos de juristas y políticos, porque aquélla vivió al aire libre, como expresión de las mayorías frecuentemente analfabetas y tradujo la fresca apetencia de unos hombres que habrían de constituir una nacionalidad. Por eso hemos preferido interrogar a la literatura, muchas veces de torpe expresión, dejando reposar los documentos.

En 1778, en la expedición enviada por el rey de España al mando de Don Pedro Cevallos para defender las colonias españolas, venía un Sargento de quien no hemos conservado el nombre, que contó toda la aventura en alegres décimas y marciales octavas, pidiendo "concluir a sangre y fuego la portuguesa cuestión". *La burla y desafío al portugués alterna con el jocundo descubrimiento de la holgada vida de Montevideo.*

Ese mismo acento, artísticamente más pulcro, lo reencontraremos en 1816, con el "Cielito Oriental" *atribuido a Bartolomé Hidalgo. Aquí el desafío compadre* —"siempre ha sido el portugués / enemigo muy pequeño"— *se equilibra con el reciente sentimiento de solidaridad revolucionaria que explica las cordiales incitaciones al soldado enemigo para que se rebele contra sus necios gobernantes.*

Aunque escrita muchos años después (1892), nadie expresó mejor literariamente la tenaz resistencia artiguista contra el portugués que Eduardo Acevedo Díaz al contar la inmolación heroica de un destacamento luego del desastre de Catalán (1817) en su relato "El combate de la tapera". *Aunque bien conocida, no podía faltar*

aquí esta joya de la cuentística uruguaya del siglo XIX, por su estremecida verdad y su impar belleza.

En 1823, "El Cielito del día", de autor anónimo sirve para mostrar un intento de integración nacional de españoles y criollos, acollarados en la oposición a los "imperiales", así como otro intento de establecer un orden patricio en una tierra asolada por la guerra de independencia.

Ninguna otra fecha más urgida de exaltación que la correspondiente a la defensa de Paysandú de 1864 y 65, puesta bajo la insignia reiterada de "Independencia o muerte". Allí se ratificó con sangre el derecho a la soberanía y nadie podía decirlo mejor que Leandro Gómez en sus proclamas o los anónimos versificadores con sus ingenuas planas rimadas. Fermín Ferreira y Artigas o el payador Gabino Ezeiza son adecuados exponentes de esa nutrida producción que en diarios, revistitas y hojas sueltas mantuvo viva la militancia poética del espíritu nacional.

Por último hemos refrenado el deseo de incorporar las respuestas —también populares ya que no oficiales— a algunas muy cercanas insolencias de los gobernantes de turno que están tras la misma frontera. Testimoniarían lo obvio: la permanencia de un altivo y arisco espíritu de independencia y de hombría, en el uruguayo.

A. R.

CARATULA: Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna. Miniatura al óleo. (Museo Histórico Nacional).

Expedición de Pedro Cevallos

Relación exacta de lo que ha sucedido en la expedición a Buenos Aires, que escribe un sargento de la comitiva, en este año de 1778, en las siguientes décimas.

DECIMAS

En décimas te he de hacer
de toda la expedición
una plena relación
de sumo gusto y placer;
y pues es de apetecer
su famoso contenido,
escucha, dueño querido,
y sabrás con eficacia
sin especie de falacia
todo cuanto ha sucedido.

Desde Cádiz me parece
que será bueno empezar
para poderte contar
todo cuanto se me ofrece;
y así digo que fue el trece
de noviembre el feliz día,
que con notable alegría
y particular contento,
ayudándonos el viento,
salimos de la bahía.

Se compuso nuestra armada
de ciento dieciséis naves,
que volaban como aves
por medio la mar salada;
y entre ellas —prenda amada—
seis navíos excelentes,
siete fragatas valientes,
dos bombardas, dos brulotes,
dos famosos paquebotes
y dos urcas diligentes.

También se debe anotar
un famoso chambequín,
más ligero que un delfín
cuando corre por la mar;
no debiéndose olvidar
de dos bergantines bellos,
concluyéndose con ellos
todos los barcos de guerra,
que la dicha armada encierra,
y da admiración el verlos.

Los noventa y dos restantes,
que aquí faltan como véis
para ciento dieciséis,
eran, señora, mercantes,
mas tan fuertes y arrogantes
casi todos igualmente,
que pudieran, ciertamente,
con toda satisfacción,
entrar en cualquier función
gallarda y resueltamente.

Iba en dicha expedición
de general comandante
un Bernardo en lo arrogante
y en lo esforzado un Sansón;
en la ciencia un Salomón,
un Carlomagno en prudencia,
pues dicen por experiencia
los españoles vasallos
que con Don Pedro Ceballos
nadie tiene competencia.

Nos pusimos en camino
sin llegar a trascender
por más que intenté saber
de nuestra marcha el destino:
¡era un puro desatino
todo cuanto se decía!
Pero en el séptimo día
de navegar, comprendimos
por cierto pliego que abrimos,
el efecto que tendría.

En breve tiempo llegamos
a la línea equinoccial,
pues un viento sin igual
hasta ella experimentamos.
Allí en calma nos quedamos
sufriendo intenso calor,
porque del sol el rigor
de aquel clima era terrible;
aun de noche era imposible
poder tolerar su ardor.

Veinte días estuvimos
en dicha calma importuna,
y en ellos siquiera una,
ni media legua anduvimos;
ahí una noche perdimos
treinta barcos arrogantes:
los veinticuatro mercantes
y entre ellos el Garzón,
cargado de provisión
y provechos importantes.

Quiso Dios que la ocasión
lográsemos de tener
feliz viento en que poder
salir de aquella pensión;
pero luego en La Ascensión
—cierta isla despoblada—
hicimos otra parada,
pues era orden sabida
que toda vela perdida
fuera allí a buscar su armada.

Trescientas leguas distante
de la isla que se trata,
hallamos cierta fragata
hermosa cuanto arrogante;
era su dueño mercante
de la nación portuguesa;
por cuya causa fue presa
y también reconocida,
pues iba bien prevenida
de muchísima riqueza.

Un paquebote excelente
de allí a poco divisamos,
y al instante le enviamos
una fragata valiente;
el chambequín igualmente
con otra vela ligera
se puso luego en carrera,
y por más que ambas hicieron
a otro día la pusieron
bajo la nuestra bandera.

Nuestra armada peregrina,
con viento próspero y bueno,
caminaba como un trueno
para Santa Catalina;
pero la vista examina,
poco antes de su entrada,
del portugués otra armada
que con suma ligereza
se llevaba la riqueza
de la isla mencionada.

Dos navíos de sesenta
la tal armada traía,
y otro mayor, que sería
cuando mucho de setenta;
los demás, hasta la cuenta
de sus naves por entero,
importaban lo que un cero
sin número antecedente,
pues el más equivalente
era un barlote ligero.

Considera cuál sería
el temor que aquella vez
el infeliz portugués
ante nosotros tendría:
bien se infiere que estaría
con bastante sentimiento;
pero agradézcalo al viento
el haber podido huir,
pues no nos quiso asistir,
En tal urgencia, un momento.

Entramos con brevedad
en la bahía vecina,
que es de Santa Catalina
como dice en realidad;
con mucha capacidad
colocamos nuestra armada,
y después de colocada,
se puso tanta bandera
que pareció primavera
de colores matizada.

Si yo supiera explicarte
de aquel país lo frondoso,
lo fértil y deleitoso,
sé que habría de admirarte;
pues toda de parte a parte
es un jardín, un hechizo,
un terrestre paraíso,
y un pradío superior;
bien haya el Divino Autor,
que tan hermoso lo hizo.

Nuestro ejército y armada
dispuso en primer lugar,
vida mía, conquistar
dicha isla celebrada;
más no bien determinada
manifestó su intención,
cuando sin más dilación
el portugués con braveza
se defendió como expresa
la siguiente relación.

RELACION

Supuesto que tuve el logro,
y dicha sobremanera
de hallarme en la feliz toma
de todas las fortalezas
que el monarca portugués
tenía para defensa
de la isla titulada
Santa Catalina bella,
te he de contar por extenso,
sin faltar coma ni letra,
todo cuanto se ofreció
para el logro de esta empresa.

Día veinte de febrero
arribó la armada nuestra
a la espaciosa bahía
de la isla manifiesta,
en la que sólo gastamos
aquella tarde primera,
y los dos días siguientes
practicando diligencias
para el feliz desembarco;
y en el veintitrés ordena
nuestro invicto general,
nuestro Aquiles, nuestro César,
nuestro Don Pedro Ceballos
—que es cuanto decirse
{pueda—
desembarcar sin tardanza
a eso de las dos y media.

No parece regular
se vieran algunas señas
de temor en los soldados
en ocasión tan expuesta;
y más teniendo adelante
un bosque donde pudiera
ocultarse el enemigo
con prevenida cautela.
Pues al revés sucedió,
ya que, según su braveza,
no eran hombres en la playa,
sino tigres en la arena.

Había a corta distancia
un castillo o fortaleza
que llaman de Punta Grosa;
el cual con buena defensa,
igualmente que a la mar,
podía guardar por tierra.
Más no bien nos divisó
aquella tarde primera
el portugués acampado,
cuando principió a dar muestra
de temor y confusión;
tanto que, viendo algo cerca
a la tropa catalana
que iba a hacer la descubierta,
empezaron a dar voces,
diciendo: ¡toda Castilla
está encima del castillo!
¡ea, muchachos, a prisa,
vamos a la artillería!
Dispararon cuatro piezas
sin tener objeto alguno
y aturdidos, con la mecha,
pegaron fuego a un repuesto,
que de pólvora allí cerca
tenían que cargar;
allí fue la pelotera,
aquí fue la confusión,
aquí fue tomar la puerta,
sin más motivo que el dicho,
y el temor sobre manera
a Ceballos, cuyo nombre
—igualmente que a las nieblas
les deshace enteramente
el sol con sus influencias—
ahuyenta y atemoriza
a la furia portuguesa.

Huyeron, pues, como digo,
dejando la fortaleza
a nuestro arbitrio y dominio;
arbolamos la bandera
de nuestro invicto monarca.
Aquí mi numen quisiera
saberse explicar, de modo,
que de una vez comprendieras
el respeto y timidez
que ocasiona donde quiera
el escudo dominante
de nuestra invicta potencia:
pues solamente con verle
resplandecer, se amedrenta.

Santa Cruz, otro castillo de supe-
{rior fortaleza,
que en el otro lado opuesto
tenía para defensa
de la citada bahía;
pero en vez de defenderla,
huyeron como unos potros
a la ciudad y a su tierra.

El de Ratones, que estaba
en una pequeña isleta,
igualmente, a breve rato
se cayó en la ratonera.
Síguese el de San Antonio,
que a más de la fortaleza
había un lugar, del cual
se escaparon a la sierra.

Casi todos los vecinos
—cuya heroica diligencia
igualmente practicaron
los de dicha fortaleza—
sabiendo, pues, este caso,
los voluntarios, que eran
la tropa más inmediata
como por su casa entrase
en el castillo, y lugar,
de donde adquirieron nuevas
que por instantes dejaban
paisanaje y soldadesca
las trincheras y ciudad.

Digo, señora, que era
un coloquio ver aquella:
por Dios, que no lo creyera
de no haberlo presenciado;
mas, queriendo que se sepa
lo tímidos que anduvieron,
manifiesto que eran treinta
los cañones que tenía
Punta Grosa en su defensa;
Santa Cruz cincuenta y seis,
y catorce el de la isleta;
ochenta el de San Antonio;
los reductos y trincheras
en un número crecido,
y crecidas todas ellas:
pues lo menos que tenían
eran dieciocho o veinte piezas
de calibre superior,
sin otras tres fortalezas
a orillas de la ciudad,
que impedían poseerla;
y así en éste, como en todas
o en las más, que dichas que-
{dan,
había fuertes morteros
para su mayor defensa.

Dejemos aquí el asunto
por lo que toca a la guerra;
y vamos a los vecinos
de la mencionada tierra.

Estos, así que supieron
que iba la armada nuestra,
contra la citada isla,
premeditando la ofensa,
que en el Río Grande habían
practicado con fiereza,
vertiendo la noble sangre
que circulaba en las venas
de los fuertes españoles,
tomaron luego la puerta
y se fueron a los montes,
temerosos de que hiciera
nuestro invicto general
otro tanto en sus cabezas;
pues como dice el refrán,
el que es ladrón luego piensa
que igualmente los demás
es preciso que lo sean.

Muy diferentes y pías
eran las nobles ideas
de Ceballos, como así
les constó por experiencia;
pues al paso que volvían
y rendían la obediencia,
todo cuanto poseían,
antes que la fuga hicieran.
les restituía, y daba
un papel, que les sirviera
para que así los soldados,
como otros cualesquiera,
en nada les agraviaran
a ellos, ni a sus haciendas.
Esta piedad se extendió
a las familias enteras,
que venían a montones
diciendo: ¡viva Castilla!
¡viva Don Carlos tercero!
y ¡vivan las nobles prendas
del invencible Ceballos,
general de mar y tierra!
La mayor parte de tropa
fugitiva portuguesa,
igualmente se entregó
con las armas y banderas.
Pero lo más esencial
y digno de complacencia,
era escuchar los soldados
elogiar a la grandeza,
católica majestad,
de Don Carlos, cuya regia
y augustísima persona
guarde el cielo, de manera
que exceda el ave fénix
viviendo edades eternas.
Igualmente encarecían
el régimen y prudencia
con que Don Pedro Ceballos
gobernaba; de manera
que jamás se experimentó
el haber ninguna queja.
Mas que mucho le elogiaran,
si al mirar su amable genio
y agrado con que se muestra
en proteger a la tropa,
nuestra España toda entera
dice con suaves ecos
y dulces correspondencias,
¡viva nuestro general!
¡viva, quien sin más defensa
que al oír su nombre, avasalla
a la enemiga potencia!
¡viva, quien así nos manda!
¡viva, quien así gobierna!
¡viva, Don Pedro Ceballos,
viva, viva, y nunca muera!

Un paquebote excelente
que del Janeiro venía,
se nos metió en la bahía
de noche impensadamente.
Se pensaba el inocente
—según declaró después—
que era del portugués
nuestro convoy arrogante;
y en fe de ello, al comandante
se fue a presentar cortés.

Tres galeotas extremadas
igualmente se apresaron,
que escaparse procuraron
sumamente declaradas;
iban, señora, cargadas
de familias portuguesas,
que con todas sus riquezas
ausentarse pretendían,
pues, como dije, creían
les cortaban las cabezas.

Después que con el menor
orden y disposición
la citada guarnición
dejó nuestro superior,
proseguimos con ardor
segunda vez por la mar;
con ánimo de ganar
—vida mía— esta vez
todo el reino portugués
por que sirva de ejemplar.

El viernes santo salimos
de la bahía expresada;
y en seis días, casi nada
adelantar conseguimos:
en el séptimo tuvimos
algún viento favorable,
y en el octavo mudable
se ocasionó en tal manera,
que corrimos una fiera,
cruel, borrasca admirable.
Era tan grande el furor
con que el mar nos embestía,
que hacerle temblar podía
al hombre de más valor.
Desde estribor a babor
los golpes de agua pasaban,
que las jarcias quebrantaban;
y los pilotos decían
que jamás visto se habían
en el peligro en que estaban.

Cuatro cañas de timón
en mi nave se rompieron,
de cuyo efecto temieron
el piloto y el patrón;
considera la aflicción
que entre nosotros habría,
que solamente se oía,
en tan grande desconsuelo,
pedirle clemencia al cielo
por conducto de María.

Todas las naves pasaron
por esta misma pensión:
algunas con más razón
que la mía, se quejaron;
escaparse no pensaron
más de cuatro, ciertamente,
pues veían claramente
que agotarse no podía
el agua, que adentro había,
y entraba continuamente.

Logramos finalizar
nuestras penas y agonías
al cabo de nueve días
de borrasca sin cesar;
en fin, se llegó a templar
de aquel charco la braveza,
y con suma ligereza
conseguimos el deseo
de estar en Montevideo,
donde cesó la tristeza.

Allí nos desembarcamos
con sumo gusto y placer,
como se deja entender
según los sustos pasados;
más apenas acampamos
cuando ya mi compañía
con otras cuatro tenía
orden de salir corriendo,
contra un hidalgo tremendo
que a hurtar caballos venía.

Pinto Bandeira llamado
era en efecto este tal
hidalgo de Portugal,
y era coronel graduado.
Lleva siempre a su lado,
según voces diferentes,
horror de negros valientes
que el temor no conocían;
más ¡por Dios que no querían
hacerse nunca presentes!

Para dicha comisión
mandó Don Pedro Ceballos
que se nos dieran caballos
sin ninguna dilación;
se puso en ejecución
nuestra marcha acelerada,
mudando en cada jornada
de caballo el que quería;
a cuyo efecto venía
una grande caballada.

En el país expresado
cualquiera soldado infante
deja de serlo al instante
y se pasa a ser montado;
para el más leve recado
que a un sirviente se le ofrece,
a donde bien le parece
pilla un caballo corriendo,
y aunque el dueño le esté vien-
ninguna pena merece. *(do,*

Las bolas, cuchillo y lazo,
en dicho país infiero,
que mucho más que el dinero
para comer son del caso;
pues cualquiera que de paso
se le antoja alguna res,
la bolea por los pies,
el lazo le arroja al cuello,
entra el cuchillo al degüello
y se la come después.

Las cabezas se desprecian,
las asaduras se tiran,
el menudo ni aun le miran
y las manos las desechan;
únicamente aprovechan
de la res más extremada
el costillar y rabada
con la lengua y los riñones,
dejando a los cimarrones
lo demás de la carnada.

Caballos, vacas y perros,
burros y demás ganados
que en España están criados
con collares y cencerros,
allí por montes y cerros,
valles, campiñas y ríos,
silvestremente bravíos,
se divisan a montones;
y se llaman cimarrones
por sus libres albedríos.

Para cada compañía
le dan una vaca entera;
y si es flaca la primera
le tocan dos aquel día.
Desde luego se podría
abastecer a Granada
con la carne que hay tirada
tan sólo en Montevideo
continuamente, y aun creo
que habría de haber sobrada.

Un caballo suficiente
para cuanto es menester,
se suele a veces vender
por quince reales o veinte.
El que es más sobresaliente
en el brío y condición,
llega a valer un doblón,
y los otros que no expreso,
a peso y medio peso
los hay en toda ocasión.

Más este asunto dejemos
porque fuera no acabar
el haberte de contar
el principio a los extremos;
a la Colonia pasemos
y su conquista excelente,
pues es digna ciertamente,
de la mayor atención;
la cual sin variación
fue de la firma siguiente.

Llegó nuestro ejército valiente
al Real de San Carlos, que está enfrente
a admirable —señora— fortaleza;
pues de cuantos pertrechos en sí encierra
el arte soberano de la guerra,
estaba tan sumamente prevenida
que parecía imposible ser vencida.

Mas nuestro Don Pedro valeroso,
que donde halla el peligro aumenta el gozo,
como si el riesgo menor allí tuviera,
dio principio animoso a la trinchera,
construyendo también ligeramente
un camino cubierto, y excelente,
a fin de que por él la artillería
oculta, se pusiera en batería.

Y para que nada se encontrase
que las otras maniobras estorbase,
le mandó a un coronel se adelantara
con tropa suficiente, y le clavara
tres o cuatro cañones avanzados
que tenía el portugués, bien pertrechados,
con la mira también que divertido
le tuviera por allí con el ruido.

Interín se ejercía en otro lado
el camino y trinchera que he nombrado,
salió dicho coronel con ligereza
armado de valor para la empresa,
la que no consiguió por un soldado
que en ella quiso ser adelantado,
pues estando ya junto al rastrillo,
con alta voz pidió clavo y martillo.

Oyóle una centinela portuguesa,
que a preguntar quien vive luego empieza;
guardan ellos silencio, ella lo extraña,
dispara su fusil a la campaña;
altéranse otros dos más adelante,
y alborótase todo en un instante.
Acuden al muro diligentes,
más confusos y aturdidos que valientes.

Y sin que nada, señora, reparan,
la artillería toda le disparan,
a cuyo estruendo los nuestros bien creían
que los más en el puesto quedarían.
Mas no quiso el inmenso, justo y santo,
que nuestra señora llorase aquel quebranto;
pues en riesgo tan grande y conocido,
ninguno quedó muerto ni aun herido.

Y aunque el fin a que iban no lograron,
al hinchado enemigo embelesaron
con la dicha salida, de manera
que se pudo atender a la trinchera;
en la cual sin falacia al tercer día
ya estaba en su lugar la artillería,
de cuya vista quedó tan desmayado
el infeliz portugués, como admirado.

Y juzgándose ya casi perdido
procuró desde luego algún partido;
pero no encontró más que el de entregarse
o entre vivos incendios abrasarse,
lo que nada dudó cuando vio al frente,
esperando la orden solamente,
los esforzados y diestros artilleros
con la mecha encendida en los morteros.

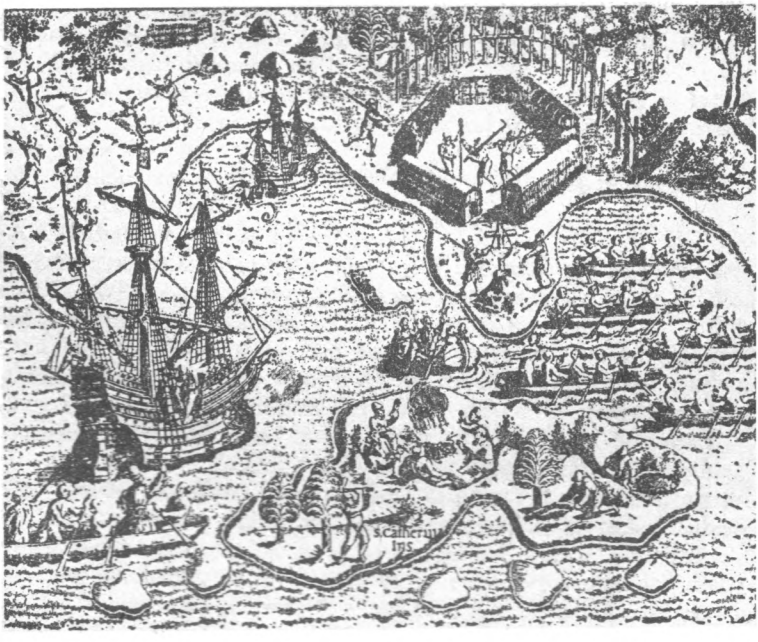
Su concilio formó para el intento
el gobernador de la plaza, y al momento
dijeron que entregarse pretendían,
que cuentas con Ceballos no querían:

respecto, que aún tenían en memoria
la otra guerra pasada tan notoria.
Esto resolvieron ciertamente
sin que se hallara un voto diferente.

Al instante avisaron que ya estaban
sujetos a Castilla, y que aguardaban
a que Don Pedro Ceballos dispusiera,
como dueño y señor, lo que quisiera.
A cuyo aviso, éste, de contado,
mandó que en dos filas ordenado,
nuestro ejército brioso y excelente
a la plaza marchara brevemente.

Y que la dicha formación se mantuviera
hasta que la tropa enemiga condujera
de salir de los muros y trincheras,
sin especie de armas y banderas;
la cual para Buenos Aires fue embarcada
en aquella misma hora, prenda amada.
Pero los oficiales fueron excluidos
y a Río de Janeiro conducidos.

Los vecinos también se trasladaron
a Buenos Aires; y al punto derribaron
muros, casas, y todo cuanto había,
de forma tal, que en este día
no ha quedado más señal ni ceremonia
del sitio donde estuvo la Colonia.



La isla de Santa Catalina (Grabado del siglo XVI de la Crónica de Hans Staden).

Para un pequeño lugar,
que le llaman Maldonado,
victoriosos de contado
nos volvimos a embarcar;
y aunque soberbia la mar
constantemente lucía,
sin la menor avería
alegres desembarcamos,
y en dicho lugar entramos,
dando gracias a María.

Con espíritu arrogante
desde allí tercera vez
en busca del portugués
proseguimos al instante;
para lo cual todo infante,
como dije antecedente,
se pasó ligeramente
a ser de caballería,
dándosele cada día
un caballo diferente.

Hasta Don Carlos llegamos
—cierto arroyo así nombrado—
y en el uno y otro lado
de su corriente acampamos.
Allí en efecto esperamos
nuestro invicto comandante,
el cual vino y al instante
prosiguió con ligereza
y llegó a Santa Teresa,
que es un fuerte confinante.

Para el Río Grande era
—amado y querido dueño—
nuestra marcha con empeño
de echar al contrario fuera.
¿No viste un tigre, una fiera,
que buscando los ganados
discurre montes y prados...?
Pues de igual conformidad
la enemiga potestad
perseguimos airados.

Mas un chasqui acelerado
—que viene a ser un correo—
salió de Montevideo
para el fuerte mencionado;
y después de haber cansado
en su marcha seis caballos,
le dio a Don Pedro Ceballos
de nuestro monarca un pliego
para la paz y sosiego
de unos y otros vasallos.

Noticia que engendrar pudo
—adorada prenda mía—
en el contrario alegría,
pero en nosotros, lo dudo;
pues colérico y sañudo
nuestro ardiente corazón,
con toda resolución
deseaba, desde luego,
concluir a sangre y fuego
la portuguesa cuestión.

Eduardo Acevedo Díaz

El combate de la tapera

Era después del desastre del Catalán, más de setenta años hace.

Un tenue resplandor en el horizonte quedaba apenas de la luz del día.

La marcha había sido dura, sin descanso.

Por las narices de los caballos sudorosos escapaban haces de vapores, y se hundían y dilataban alternativamente sus ijares como si fuera poco todo el aire para calmar el ansia de los pulmones.

Algunos de estos generosos brutos presentaban heridas anchas en los cuellos y pechos, que eran desgarraduras hechas por la lanza o el sable.

En los colgajos de piel había salpicado el lodo de los arroyos y pantanos, estancando la sangre.

Parecían jamelgos de lidia, embestidos y maltratados por los toros. Dos o tres cargaban con un hombre a grupas, además de los jinetes, enseñando en los cuartos uno que otro surco rojizo, especie de líneas trazadas por un látigo de acero, que eran huellas recientes de las balas recibidas en la fuga.

Otros tantos, parecían ya desplomarse bajo el peso de su carga, e íbanse quedando a retaguardia con las cabezas gachas, insensibles a la espuela.

Viendo esto el sargento Sanabria, gritó con voz pujante:

—¡Alto!

El destacamento se paró.

Se componía de quince hombres y dos mujeres: hombres fornidos, cabelludos, taciturnos y bravíos; mujeres-dragones de vincha, sable corvo y pie desnudo.

Dos grandes mastines con las colas barrosas y las lenguas colgantes, hipaban bajo el vientre de los caballos, puestos los ojos en el paisaje oscuro y siniestro del fondo de donde venían, cual si sintiesen todavía el calor de la pólvora y el clamoreo de guerra.

Allí cerca, al frente, percibíase una tapera entre las sombras. Dos paredes de barro batido sobre "tacuaras" horizontales, agujereadas y en parte derruidas; las testeras, como el techo, habían desaparecido.

Por lo demás, varios montones de escombros sobre los cuales crecían viciosas las hierbas; y a los costados, formando un cuadro incompleto, zanjas semi-cegadas, de cuyo fondo surgían saúcos y cicutas en flexibles bastones ornados de racimos negros y flores blancas.

—A formar en la tapera —dijo el sargento con ademán de imperio—. Los caballos a retaguardia con las mujeres, a que pellizquen... ¡Cabo Mauricio! haga echar cinco tiradores vientre a tierra, atrás del cicutal... Los otros adentro de la tapera, a cargar tercerolas y trabucos. Pie a tierra dragones, y listo, canejo!

La voz del sargento resonaba bronca y enérgica en la soledad del sitio.

Ninguno replicó.

Todos traspusieron la zanja y desmontaron, reuniéndose poco a poco.

Las órdenes se cumplieron. Los caballos fueron maneados detrás de una de las paredes de lodo seco, y junto a ellos se echaron los mastines resollantes. Los tiradores se arrojaron al suelo a espaldas de la hondonada cubierta de malezas, mordiendo el cartucho; el resto de la extraña tropa distribuyóse en el interior de las ruinas que ofrecían buen número de troneras por donde asestar las armas de fuego; y las mujeres, en vez de hacer compañía a las transidas cabalgaduras, pusiéronse a desatar los sacos de munición o pañuelos llenos de cartuchos deshechos, que los dragones llevaban atados a la cintura en defecto de cananas.

Empezaban afanosas a rehacerlos, en cuclillas, apoyadas en las piernas de los hombres, cuando caía ya la noche.

—Naide pite, —dijo el sargento—. Carguen con poco ruido de baqueta y reserven los naranjeros hasta que yo ordene... ¡Cabo Mauricio! vea que esos mandrias no se duerman si no quieren que les chamusquee las cerdas... ¡Mucho ojo y la oreja parada!

—Descuide, sargento —contestó el cabo con gran ronquera—; no hace falta la advertencia, que aquí hay más corazón que garganta de sapo.

Transcurrieron breves instantes de silencio.

Uno de los dragones, que tenía el oído en el suelo, levantó la cabeza y murmuró bajo:

—Se me hace tropel... Ha de ser caballería que avanza.

Un rumor sordo de muchos cascos sobre la alfombra de hierbas cortas, empezaba en realidad a percibirse distintamente.

—Armen cazoleta y aguaiten, que ahí vienen los portugos. Va el pellejo, barajo! Y es preciso ganar tiempo a que resuellen los mancarrones. ¡Ciriaca! ¿te queda caña en la mimosa?

—Está a mitad —respondió la aludida, que era una criolla maciza vestida a lo hombre, con las greñas recogidas hacia arriba y ocultas bajo un chambergo incoloro de barboquejo de lonja sobada. Mirá, güeno es darles un trago a los hombres...

—Dales chinaza a los de avanzada, sin pijotearles.

Ciriaca se encaminó a saltos, evitando las "rosetas", agachándose y fue pasando el "chifle" de boca en boca.

Mientras esto hacía, el dragón de un flanco le acariciaba las piernas, y el del otro le hacía cosquillas en el seno, cuando ya no era que le pellizcaba alguna forma más mórbida, diciendo: "¡luna llena!"

—¡Te ha de alumbrar muerto, zafao! —contestaba ella riendo al uno; y al otro: —¿largá lo ajeno, indino! —y al de más allá—: ¡a ver si aflojás el chisme, mamón!

Y repartía cachetes.

—¡Poca vara alta quiero yo! —gritó el sargento con acento estentóreo—. Estamos para clavar el pico, y andan a los requiebros, golosos. ¡Apartate Ciriaca, que aurita no más chiflan las redondas!

En ese momento acrecentóse el rumor sordo, y sonó una descarga entre voceríos salvajes.

El pelotón contestó con brío.

La tapera quedó envuelta en una densa humareda sembrada de tacos ardiendo; atmósfera que se disipó bien pronto, para volverse a formar entre nuevos fogonazos y broncos clamoreos.

II

En los intervalos de las descargas y disparos, oíase el furioso ladrido de los mastines haciendo coro a los ternos y crudos juramentos.

Un semicírculo de fogonazos indicaba bien a las claras que el enemigo había avanzado en forma de media luna para dominar la tapera con su fuego graneado.

En medio de aquel tiroteo, Ciriaca se lanzó fuera con un atado de cartuchos, en busca de Mauricio.

Cruzó el corto espacio que separaba a éste de la tapera, en cuatro manos, entre silbidos siniestros.

Los tiradores se revolvían en los pastos como culebras, en constante ejercicio de baquetas.

Uno estaba inmóvil, boca abajo.

¿La china le tiró de la melena, y notóla inundada de un líquido caliente.

—¡Mirá! —exclamó—, le han dao en el testuz.

—Ya no traga saliva, —añadió el cabo—. ¿Trujiste pólvora?

—Aquí hay, y balas que hacer tragar a los portugos. Lástima que estea escuro... ¡Cómo tiran esos mandrias!

Mauricio descargó su carabina.

Mientras extraía otrò cartucho del saquillo, dijo, mordiéndolo:

—Antes que éste, ya quisieran ellos otro calor. ¡Ah, si te agarran, Ciriaca! A la fija que te castigan como a Fermina.

—¡Que vengan por carne! —barbotó la china.

Y esto diciendo, echó mano a la tercerola del muerto, que se puso a baquetear con gran destreza.

—¡Fuego! —rugía la voz del sargento—. Al que afloje lo degüello con el mellao.

III

Las balas que penetraban en la tapera, habían dado ya en tierra con tres hombres. Algunas, perforando el débil muro de lodo hirieron y derribaron varios de los transidos matalotes.

La segunda de las criollas, compañera de Sanabria, de nombre Catalina, cuando más recio era el fuego que salía del interior por las troneras improvisadas, escurrióse a manera de tigra por el cicutal, empuñando la carabina de uno de los muertos.

Era Cata —como la llamaban— una mujer fornida y hermosa, color de cobre, ojos muy negros velados por espesas pestañas, labios hinchados y rojos, abundosa cabellera, cuerpo de un vigor extraordinario, entraña dura y acción sobria y rápida. Vestía blusa y chiripá y llevaba el sable a la bandolera.

La noche estaba muy oscura, llena de nubes tempestuosas; pero los rojos culebrones de las alturas o grandes "refucilos" en lenguaje campesino, alcanzaban a iluminar el radio que el fuego de las descargas dejaba en las tinieblas.

Al fulgor del relampagueo, Cata pudo observar que la tropa enemiga había echado pie a tierra y que los soldados hacían sus disparos de "mampuesta" sobre el lomo de los caballos, no dejando más blanco que sus cabezas.

Algunos cuerpos yacían tendidos aquí y allá. Un caballo moribundo con los cascos para arriba se agitaba en convulsiones sobre su jinete muerto.

De vez en cuando un trompa de órdenes lanzaba sones precipitados de atención y toques de guerrilla, ora cerca, ya lejos, según la posición que ocupara su jefe.

Una de esas veces, la corneta resonó muy próxima.

A Cata le pareció por el eco que el resuello del trompa no era mucho, y que tenía miedo.

Un relámpago vivísimo bañó en ese instante el matorral y la loma, y permitióle ver a pocos metros al jefe del destacamento portugués que dirigía en persona un despliegue sobre el flanco, montado en un caballo tordillo.

Cata, que estaba encogida entre los saúcos, lo reconoció al momento.

Era el mismo; el capitán Heitor, con su morrión de penacho azul, su casaquilla de alamares, botas largas de cuero de lobo, cartera negra y pistoleras de piel de gato.

Alto, membrudo, con el sable corvo en la diestra, sobresalía con exceso de la montura, y hacía caracolear su tordillo de un lado a otro, empujando con los encuentros a los soldados para hacerlos entrar en fila.

Parecía iracundo, hostigaba con el sable y prorrumpía en denuestos.

Sus hombres, sin largar los cabestros, y sufriendo los arranques y sacudidas de los reyunos alborotados, redoblaban el esfuerzo, unos rodilla en tierra, otros escudándose en las cabalgaduras.

Chispeaba el pedernal en las cazoletas en toda la línea, y no pocas balas caían sin fuerza a corta distancia, junto al taco ardiendo.

Una de ellas dio en la cabeza de Cata, sin herirla, pero derribándola de costado.

En esa posición, sin lanzar un grito, empezó a arrastrarse en medio de las malezas hacia lo intrincado del matorral, sobre el que apoyaba su ala Heitor.

Una hondonada cubierta de breñas favorecía sus movimientos.

En su avance de felino, Cata llegó a colocarse a retaguardia de la tropa, casi encima de su jefe.

Oía distintamente las voces de mando, los lamentos de los heridos, y las frases coléricas de los soldados, proferidas ante una resistencia inesperada, tan firme como briosa.

Veía ella en el fondo de las tinieblas la mancha más oscura aún que formaba la tapera, de la que surgían chisporroteos contínuos y lúgubres silbidos que se prolongaban en el espacio, pasando con el plomo mortífero por encima del matorral; a la vez que percibía a su alcance la masa de asaltantes al resplandor de sus propíos fogonazos, moviéndose en orden, avanzando o retrocediendo, según las voces imperativas.

IV

De la tapera seguían saliendo chorros de fuego entre una humareda espesa que impregnaba el aire de fuerte olor a pólvora.

En el drama del combate nocturno, con sus episodios y detalles heroicos, como en las tragedias antiguas, había un coro extraño, lleno de ecos profundos, de esos que sólo parten de la entraña herida. Al unísono con los estampidos, oíanse gritos de muerte, alaridos de hombre y de mujer unidos por la misma cólera, sordas ronqueras de caballos espantados, furioso ladrar de perros; y cuando la radia-

ción eléctrica esparcía su intensa claridad sobre el cuadro, tiñéndolo de un vivo color amarillento, mostraba al ojo del atacante, en medio de nutrido boscaje, dos picachos negros de los que brotaba el plomo, y deformes bultos que se agitaban sin cesar como en una lucha cuerpo a cuerpo. Los relámpagos sin serie de retumbos, a manera de gigantescas cabelleras de fuego desplegando sus hebras en el espacio lóbrego, contrastaban por el silencio con las rojizas bocanadas de las armas seguidas de recias detonaciones. El trueno no acompañaba al coro, ni el rayo como ira del cielo la cólera de los hombres. En cambio, algunas gruesas gotas de lluvia caliente golpeaban a intervalos en los rostros sudorosos sin atenuar por eso la fiebre de la pelea.

El continuo choque de proyectiles había concluido por desmoronar uno de los tabiques de barro seco, ya débil y vacilante a causa de los movimientos de hombres y de bestias, abriendo ancha brecha por la que entraban las balas en fuego oblicuo.

La pequeña fuerza no tenía aún más que seis soldados en condiciones de pelea. Los demás habían caído uno en pos de otro, o rodado heridos en la zanja del fondo, sin fuerzas ya para el manejo del arma.

Pocos cartuchos quedaban en los saquillos.

El sargento Sanabria empuñando un trabuco, mandó cesar el fuego, ordenando a sus hombres que se echaran de vientre para aprovechar sus últimos tiros cuando el enemigo avanzase.

—Ansí que se quemen ésos —añadió— monte a caballo el que pueda, y a rumbear por el lao de la cuchilla... Pero antes, naide se mueva si no quiere encontrarse con la boca de mi trabuco... ¿Y qué se han hecho las mujeres? No veo a Cata...

—Aquí hay una —contestó una voz enronquecida—. Tiene rompida la cabeza, y ya se ha puesto medio dura...

Ha de ser Ciriaca.

Por lo motosa es la mesma, a la fija.

—¡Cállense! —dijo el sargento.

El enemigo había apagado también sus fuegos, suponiendo una fuga, y avanzaba hacia la tapera.

Sentíase muy cercano ruido de caballos, choques de sables y crujidos de cazoletas.

—No vienen de a pie, —dijo Sanabria—. Menudeen bala!

Volvieron a estallar las descargas.

Pero, los que avanzaban eran muchos, y la resistencia no podía prolongarse.

Era necesario morir o buscar la salvación en las sombras y en la fuga.

El sargento Sanabria descargó con un bramido su trabuco.

Multitud de balas silbaron al frente; las carabinas portuguesas asomaron casi encima de la zanja sus bocas a manera de colosales tucos, y una humaza densa circundó la tapera cubierta de tacos inflamados.

De pronto, las descargas cesaron.

Al recio tiroteo se siguió un movimiento confuso en la tropa asaltante, choques, voces, tumultos, chasquidos de látigos en las tinieblas, cual si un pánico repentino la hubiese acometido; y tras de esa confusión pavorosa algunos tiros de pistola y frenéticas carreras, como de quienes se lanzan a escape acosados por el vértigo.

Después, un silencio profundo...

Sólo el rumor cada vez más lejano de la fuga, se alcanzaba a percibir en aquellos lugares desiertos y minutos antes animados por el estruendo. Y hombres y caballerías parecían haber sido arrastrados por una tromba invisible que los estrujara con cien rechinamientos entre sus poderosos anillos.

Escena rural bajo el dominio cisplatino (1819). Grabado de Emeric Essex Vidal.

V

Asomaba una aurora gris-cenicienta, pues el sol era impotente para romper la densa valla de nubes tormentosas, cuando una mujer salía arrastrándose sobre manos y rodillas del matorral vecino; y ya en su borde, que trepó con esfuerzo, se detenía sin duda a cobrar alientos, arrojando una mirada escudriñadora por aquellos sitios desolados.

Jinetes y cabalgaduras entre charcos de sangre, tercerolas, sables y morriones caídos acá y acullá, tacos todavía humeantes, lanzones mal encajados en el suelo blando de la hondonada con sus banderolas hechas flecos, algunos heridos revolviéndose en las hierbas, lívidos, exangües, sin alientos para alzar la voz: tal era el cuadro en el campo que ocupó el enemigo.

El capitán Heitor yacía boca abajo junto a un abrojal ramoso.

Una bala certera disparada por Cata lo había derribado de los lomos en mitad del asalto, produciendo el tiro y la caída la confusión y la derrota de sus tropas, que en la oscuridad se creyeron acometidos por la espalda.

Al huir aturdidos, presos de un terror súbito, descargaron los que pudieron sus grandes pistolas sobre las breñas, alcanzando a Cata un proyectil en medio del pecho.

De ahí le manaba un grueso hilo de sangre negra.

El capitán aún se movía. Por instantes se crispaba violento, alzándose sobre los codos, para volver a quedarse rígido. La bala le había atravesado el cuello, que tenía todo enrojecido y cubierto de cuajarones.

Revolcado, con las ropas en desorden y las espuelas enredadas en la maleza, era el blanco del ojo bravío y siniestro de Cata, que a él se aproximaba en felino arrastre con un cuchillo de mango de asta en la diestra.

Hacia el frente, veíase la tapera hecha terrones; la zanja con el cicutal aplastado por el peso de los cuerpos muertos; y allá en el fondo, donde se manearon los caballos, un montón deforme en que sólo se descubrían cabezas, brazos y piernas de hombres y matalotes en lúgubre entrevero.

El llano estaba solitario. Dos o tres de los caballos que habían escapado a la matanza, mustios, con los ijares hundidos y los aperos revueltos, pugnaban por triscar los pastos a pesar del freno. Salíales junto a las coscojas un borbollón de espuma sanguinolenta.

Al otro flanco, se alzaba un monte de talas cubierto en su base de arbustos espinosos.

En su orilla, como atisbando la presa, con los hocicos al viento y las narices muy abiertas, ávidas de olfateo, media docena de perros cimarrones iban y venían inquietos lanzando de vez en cuando sordos gruñidos.

Catalina, que había apurado su avance, llegó junto a Heitor, callada, jadeante, con la melena suelta como un marco sombrío a su faz bronceada: reincorporóse sobre sus rodillas, dando un ronco resuello, y buscó con los dedos de su izquierda el cuello del oficial portugués, apartando el líquido coagulado de los labios de la herida.

Si hubiese visto aquellos ojos negros y fijos, aquella cabeza crinuda inclinada hacia él, aquella mano armada de cuchillo, y sentido aquella respiración entrecortada en cuyos hálitos silbaba el instinto fiero como un reptil quemado a hierro, el brioso soldado hubiérase estremecido de pavura.

Al sentir la presión de aquellos dedos duros como garras, el capitán se sacudió, arrojando una especie de bramido que hubo de ser grito de cólera; pero, ella, muda e implacable, introdujo allí el cuchillo, lo revolvió con un gesto de espantosa saña, y luego cortó con todas sus fuerzas, sujetando bajo sus rodillas la mano de la víctima, que tentó alzarse convulsa.

—¡Al ñudo ha de ser! —rugió el dragón-hembra con ira reconcentrada.

Tejidos y venas abriéndose bajo el acerado filo hasta la tráquea, la cabeza se alzó besando dos veces el suelo, y de la ancha desgarradura saltó en espeso chorro toda la sangre entre ronquidos.

Esa lluvia caliente y humeante bañó el seno de Cata, corriendo hasta el suelo.

Soportóla inmóvil, resollante, hoscosa, fiera; y al fin, cuando el fornido cuerpo del capitán cesó de sacudirse quedándose encogido, crispado, con las uñas clavadas en la tierra, en tanto el rostro vuelto hacia arriba enseñaba con la boca abierta y los ojos saltados de las órbitas, el ceño iracundo de la última hora, ella se pasó el puño cerrado por el seno en expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia:

—¡Que la lamban los perros!

Luego se echó de bruces, y siguió arrastrándose hacia la tapera.

Entonces los cimarrones coronaron la loma, dispersos, a paso de fiera, alargando cuanto podían sus pescuezos de erizados pelos como para aspirar mejor el fuerte vaho de los declives.

VI

Algunos cuervos enormes, muy negros, de cabeza pelada y pico ganchudo, extendidas y casi inmóviles las alas empezaban a po-

ca altura sus giros en el espacio, lanzando su graznido de ansia lúbrica como una nota funeral.

Cerca de la zanja, veíase un perro cimarrón con el hocico y el pecho ensangrentados. Tenía propiamente botas rojas, pues parecía haber hundido los remos delanteros en el vientre de un cadáver.

Cata alargó el brazo, y lo amenazó con el cuchillo.

El perro gruñó, enseñó el colmillo, el pelaje se le erizó en el lomo y bajando la cabeza preparóse a acometer, viendo sin duda cuán sin fuerzas se arrastraba su enemigo.

—¡Vení, Canelón! —gritó Cata colérica, como si llamara a un viejo amigo—. ¡A él, Canelón!...

Y se tendió, desfallecida...

Allí, a poca distancia, entre un montón de cuerpos acribillados de heridas, polvorientos, inmóviles con la profunda quietud de la muerte, estaba echado un mastín de piel leonada como haciendo la guardia a su amo.

Un proyectil le había atravesado las paletas en su parte superior, y parecía postrado y dolorido.

Más lo estaba su amo. Era éste el sargento Sanabria, acostado de espaldas con los brazos sobre el pecho, y en cuyas pupilas dilatadas vagaba todavía una lumbre de vida.

Su aspecto era terrible.

La barba castaña recia y dura, que sus soldados comparaban con el borlón de un toro, aparecía teñida de roji-negro.

Tenía una mandíbula rota, y los dos fragmentos del hueso saltados hacia afuera entre carnes trituradas.

En el pecho, otra herida. Al pasarle el plomo el tronco, habíale destrozado una vértebra dorsal.

Agonizaba tieso, aquel organismo poderoso.

Al grito de Cata, el mastín que junto a él estaba, pareció salir de su sopor; fuese levantando trémulo, como entumecido, dio algunos pasos inseguros fuera del cicutal y asomó la cabeza...

El cimarrón bajó la cola y se alejó relamiéndose los bigotes, a paso lento, importándole más el festín que la lucha. Merodeador de las breñas, compañero del cuervo, venía a hozar en las entrañas frescas, no a medirse en la pelea.

Volvióse a su sitio el mastín, y Cata llegó a cruzar la zanja y dominar el lúgubre paisaje.

Detuvo en Sanabria, tendido delante, sobre lecho de cicutas, sus ojos negros, febriles, relucientes, con una expresión intensa de amor y de dolor.

Y arrastrándose siempre llegóse a él, se acostó a su lado, tomó alientos; volvióse a incorporar con un quejido, lo besó ruidosamente, apartóle las manos del pecho, cubrióle con las dos suyas la herida y quedóse contemplándole con fijeza, cual si observara cómo se le escapaba a él la vida y a ella también.

Nublábansele las pupilas al sargento, y Cata sentía que dentro de ella aumentaba el estrago en las entrañas.

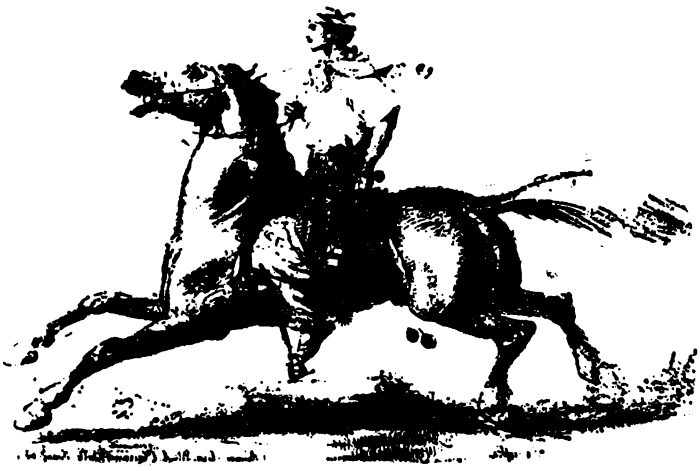
Giró en derredor la vista quebrada ya, casi exangüe, y pudo distinguir a pocos pasos una cabeza desgreñada que tenía los sesos volcados sobre los párpados a manera de horrible cabellera. El cuerpo estaba hundido entre las breñas.

¡Ah!... ¡Ciriaca! —exclamó con un hipo violento.

Enseguida extendió los brazos, y cayó a plomo sobre Sanabria.

El cuerpo de éste se estremeció; y apagóse de súbito el pálido brillo de sus ojos.

Quedaron formando cruz, acostados sobre la misma charca, que Canelón olfateaba de vez en cuando entre hondos lamentos.



Bartolomé Hidalgo

Cielito oriental

El portugués con afán
dicen que viene bufando;
saldrá con la suya cuando
veña o rey Don Sebastián.

Cielito cielo que sí,
cielito locos están,
ellos vienen reventando,
¿quién sabe si volverán?

Dicen que vienen erguidos
y muy llenos de confianza;
veremos en esta danza
quiénes son los divertidos.

Cielito cielo que sí,
cielo hermoso y halagüeño,
siempre ha sido el portugués
enemigo muy pequeño.

Ellos traen facas brillantes,
espingardas muy lucidas,
bigoteras retorcidas
y burrufeiros bufantes:

Cielito cielo que sí,
portugueses, no arriesguéis,
mirad que habéis de fugar
y todo lo perderéis.

Voso príncipe reyente
nao es para conquistar,
naceu so para falar,
mas aquí ya he diferente.

Cielito cielo que sí,
fidalgo ya vos entiendo,
de tus pataratas teis
todito el mondo lleno.

Vosa señora Carlota
dando pábulo a su furia
quiere faceros injuria
de pensar que sois pelota.

Cielito cielo que sí,
¿nao conocéis majadeiros
que en las infelicidades
vosotros sois los primeiros?

¿Queréis perder vosa vida,
vosos fillos y muyeres,
e deyser vosos quehaceres
e a minina querida?

Cielito cielo que sí,
es inmutable verdad
que todo se desconcierta
faltando la humanidad.

¿Qué cosa pudo mediar
para faceros salir
y a nosas terras veir
con armas a conquistar?

Cielito cielo que sí,
con razón ficais temendo,
ya has visto fidalgo que
poco a poco vas morrendo.

A voso príncipe reyente
enviadle pronto a decir
que todos vais a morrer
y que nao le fica yente.

Cielito cielo que sí,
cielito de Portugal,
voso sepulcro va a ser
sin duda a Banda Oriental.

A Deus, a Deus, faroleiros,
portugueses mentecatos,
parente do maragatos
insignes alcahueteiros.

Cielito cielo que sí,
el oriental va con bolas,
mirad portugueses que hay
otro Don Pedro Sebolas.

Anónimo

Cielito del día

Atención pido, señores
que el asunto lo merece,
tengan silencio por Cristo
para que el cielito empiece.

Cielito cielo que sí,
cielito de Manduré,
el que quiera lazo verde
que se vaya a San José.

Oiganle a mi villa vieja
en grande con el Barón,
al cabo sacó sus prendas
tan luego en el pericón.

Cielito cielo que sí,
cielito de la esperanza,
también en la gangolina
se metió don Sancho Panza.

Ellos han tomado tema
de volvernos imperiales,
y nosotros por sistema
que hemos de ser ORIENTALES.

Cielito cielo que sí,
cielito que habrá fandango,
no les hemos de aflojar
la pisada de un chimango.

Piensan con prender patricios
que nos han de acobardar,
hemos de ser hombres libres,
de balde han de culanchar.

Cielito cielo que sí,
cielito de la contera,
memorias de Lavalleja
para don Frutos Rivera.

En la casa del Cabildo
está pegado un cartel
quien da razón de la escuadra
que mandó don Pedro el cruel.

Cielito cielo que sí,
cielito del Continente,
siguro está que a la escuadra
le falte ninguna gente.

Buenos Aires y Entre Ríos,
Corrientes y Santa Fé,
nos van a mandar auxilio,
de güena letra lo sé.

Cielito cielo que sí,
cielito va de refrán:
aunque diga que es mentira
el gobernador Durán.

Orientales y Españoles
ya todos somos hermanos,
tenemos igual derecho
de no consentir tiranos.

Cielito cielo que sí,
cielito de la igualdad,
que la independencia viva
y viva la libertad.

La modita de jurar
el señor Emperador
como quien dice a la juerza,
es cosa que da calor.

Cielito cielo que sí,
cielito del Canelón,
en saliendo del entierro
haremos la aclamación.

Los papeles de la plaza
se van explicando fiero,
para el imperio se entiende,
que yo por ellos me muero.

Cielito cielo que sí,
cielito del Sol que dora,
cosa linda el Hombre libre,
oriental, pampero, aurora.

Esta patria es en el orden,
se acabó la montonera,
los trabajos nos enseñan
la libertad verdadera.

Cielito cielo que sí,
cielito de los patricios,
libres hacen las virtudes
y esclavos hacen los vicios.

Leandro Gómez

Independencia o Muerte

PROCLAMA

Noviembre de 1864.

¡Soldados del Norte del Río Negro!

¡Defensores de la Independencia Nacional!

Ya lo estáis viendo; las aguas del Uruguay en este puerto y en el de Paysandú, se encuentran en este momento turbias por la presencia en ellas de las cañoneras del Imperio brasilero.

Ellas pretenden imponer el bloqueo en los puertos de Paysandú, como un medio destructor de la riqueza nacional y como un elemento de vasallaje y de conquista con que pretende el Imperio dominar a la patria del inmortal Artigas; a la patria de esos héroes que la historia gloriosamente denomina ya con el dictado de los Treinta y Tres y cuyos hijos somos nosotros, nosotros en cuyas venas circula la sangre altanera de nuestros antepasados y en cuyas frentes hemos escrito con esa misma sangre: *Independencia o muerte.*

¡Compañeros del Norte del Río Negro!

Prontas vuestras armas.

Siempre vigilantes para batiros a muerte con los esclavos de ese Imperio miserable, y con los infames traidores sus aliados.

¡Habitantes de Paysandú y del Salto!

¡Vecinos laboriosos y honrados!

Hombres todos que amáis la dignidad de vuestra patria, en que han nacido vuestros hijos, que es vuestra también por el vínculo que os une a ella.

Se aproxima el momento de que los orientales se batan a muerte por sostener su soberanía, su nacionalidad; si sufrió ruinas, miseria, desdichas, culpa es de ese inicuo Gobierno Brasilero, que lo ahoga con su propia ambición, y el hambre voraz de dominar esta patria de hombres libres, porque los orientales que yo mando, han de defender la patria de sus hijos con todo el brío, con toda la energía de aquellos patriotas de las épocas antiguas y modernas que odian con frenesí la vil dominación extranjera.

¡Habitantes todos de Paysandú y Salto!

Ya estáis prevenidos, en la ruina de los orientales será envuelta vuestra ruina; porque vuestras fortunas, porque vuestras familias, porque vuestros hábitos, en fin, están ligados a las fortunas, a las familias y a los hábitos de los Orientales, que hoy pretenden destruir un gobierno de malvados y esclavos para restablecer más impunemente su dominio; haciendo uso de frívolos pretextos cuando el Gobierno nacional no ha faltado de ninguna manera a sus deberes internacionales, cuando ese Gobierno Brasilero hace uso de pretextos calumniosos y en demasía ridículos para conseguir su depravado intento.

¡Soldados!

El Coronel Gómez manda al Norte del Río Negro y al Coronel Gómez no le domina otro pensamiento que *la muerte o la Independencia Oriental* y ese es vuestro, compañeros de armas, morir antes que ver vuestra patria dominada por el Gobierno Brasilero, antes que ver a vuestros hijos y a vuestras mujeres ruborizadas con

la asquerosa presencia de la soldadesca, constituida en vil instrumento de la dominación de ese infame gobierno.

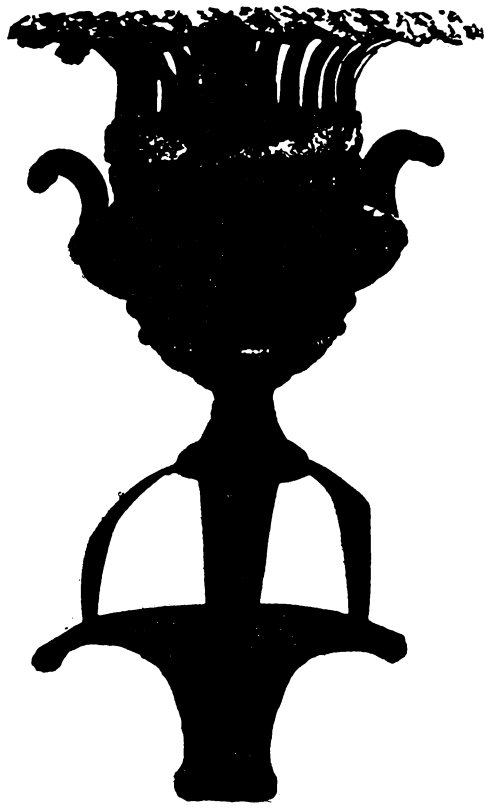
¡Soldados!

¡Viva la República!

¡Viva el Gobierno Nacional!

¡Guerra a muerte a los bárbaros que quieren dominarnos y a los viles y traidores sus aliados!

Leandro Gómez



Brasero en el que se quemaron los Tratados de 1851 (Diciembre de 1864).

PROCLAMA

Ruinas de Paysandú, diciembre 20 de 1864.

¡Soldados de la patria!

Hoy hace catorce días que el traidor Venancio Flores con sus bandidos y tropas brasileras, atacó esta heroica ciudad defendida de una manera tan gloriosa por vosotros, y hoy también hace catorce días que la escuadrilla del pérfido Gobierno Brasilero la bombardeó por el curso de diez horas simultáneamente en aquel ataque.

La lucha duró de sol a sol y toda la parte exterior de nuestras trincheras quedó cubierta de cadáveres de traidores y de esclavos del Imperio, mientras que la sangre generosa de los Defensores de la Independencia Nacional regó nuestras calles y salpicó las frentes de nosotros, que aún vivimos para vengarlos y vengar la muerte y

el exterminio, ya sea a ese imbécil Imperio Brasilero, ya sea a los traidores, adonde quiera que se encuentren.

¡Mis queridos hermanos!

¡Mis compañeros!

Aquella noche nos ocupamos de dar sepultura a los que tan gloriosamente murieron en aquel día memorable, y en preparar nuestras armas para seguir el combate al día siguiente.

Tal fue nuestra ocupación en aquella noche y lo recuerdo con placer.

¡Mis amigos!

Desde el día 6 la lucha siguió hasta hoy con más o menos violencia por la marina brasilera, que arrojaba sobre esta ciudad sus granadas y balas como el asesino que mata alevosamente, contando con la impunidad de su crimen, como el cobarde que hiere a traición; pero la salida que hicieron hoy parte de las fuerzas de la Defensa, encomendada por mí al valiente Coronel Píriz, dio un término glorioso a esta situación, arrojando a balazos y bayonetazos lejos de Paysandú a más de 600 traidores y cobardes brasileros, que aún se conservaban a nuestro frente.

¡Soldados!

Ellos huyen despavoridos para la campaña y pronto tendréis la fausta nueva de que el Ejército de Reserva habrá consumado vuestra gloriosa obra.

¡Mis amigos!

El cielo os bendiga, porque tal vez sobre las ruinas de Paysandú, debido a vuestra resolución de morir por la Patria, hayáis salvado la República.

¡Mis amigos! ¡Mis amigos!

El recuerdo de vuestro heroísmo en defensa de la Independencia Oriental queda grabado en mi corazón para siempre.

Leandro Gómez

Anónimo

A la heroica Paysandú

Paysandú, noble y valiente,
tu heroicidad y tu gloria
se eternizará en la historia
de este libre continente
y coronará tu frente
una aureola inmortal,
para que viva eternal
en el mundo tu heroísmo,
tu abnegación y civismo,
digno del Pueblo Oriental.

Gloria al Jefe denodado
y a tus bravos defensores
que contra los invasores
muestran su valor osado;
el mundo entero ha juzgado
tu noble heroicidad
y la bajeza y maldad
de los viles orientales,
que unidos con imperiales
no son dignos de piedad.

Y tu nombre y tu heroísmo
volarán por las naciones
y se cantarán canciones
por tu grande patriotismo,
y a los viles que un abismo
le han abierto a la nación
llevarán la maldición
de tus bravos defensores:
que para hijos traidores
no hay clemencia ni perdón.

Muera el infame tirano
que te quiere esclavizar
y la patria dominar
del valiente uruguayano;
no importa que un vil hermano
con su ceguedad y jactancia,
quiera probar tu constancia;
no saben esos traidores
que antes que entregarte a Flores
harán lo que hizo Numancia.

Fermín Ferreira y Artigas

El centinela de Paysandú

Compañeros, tocan diana
y no se hacen esperar
los soldados de la patria
cuya lema es libertad.
Coro
Centinela, alerta.
Alerta está.
Al frente los voluntarios
que es hora de "descubrir",
vamos todos, pues juramos,
salvar la patria o morir.
Coro
Los cobardes brasileros
ya ponen mecha al cañón,
serán muro nuestros pechos
del oriental pabellón.
Coro
Ya suena el clarín de guerra
que nos convoca a la lid,
ved que insultan nuestra tierra
los esclavos del Brasil.
Coro
Si una tumba nos espera
por premio a nuestro valor,
nos cubrirá la bandera
que ostenta de escudo el sol.
Coro
Recordemos, compañeros,
con orgullo y altivez,
que somos los herederos
de los bravos Treinta y Tres.
Coro
Que a esas altivas legiones
del imperio más servil
los vencimos en Misiones,
en Rincón y en Sarandí.
Coro
Sin un tiro, a bayoneta!
al campamento imperial!
a mostrarles la grandeza
del noble pueblo oriental.
Coro
Y aquel que en la lucha caiga
por salvar su pabellón,
recibirá de la patria
la sublime bendición.
Coro
Centinela, alerta.
Alerta está.

Fermín Ferreira y Artigas

Gabino Ezeiza

Saludo a Paysandú

Heroico Paysandú, yo te saludo,
hermano de la patria en que nací.
Tus triunfos y tus glorias esplendentes
se cantan en mi patria como aquí.

Los bardos que tenemos en el Plata,
que escalan el Olimpo en su canción,
dedican a este pueblo de valientes
su grande y más sublime inspiración.

Hermano en las luchas y en las glorias
lo mismo que allá en Ituzaingó,
y en hechos nacionales que la historia
en uno y otro pueblo mencionó.

Heroico Paysandú, yo te saludo,
la Troya americana porque lo es;
saludo a este pueblo de valientes
y cuna de los bravos Treinta y Tres.

El plante viril de un pueblo que grita "Independencia o Muerte" ante el invasor, queda registrado aquí desde sus oscuros orígenes en el siglo XVIII hasta los días heroicos de la resistencia de Paysandú. Poetas populares, grandes escritores (Hidalgo, Acevedo Díaz), valerosos jefes (Leandro Gómez), justifican la soberanía nacional.

ENCICLOPEDIA URUGUAYA 6

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Julio de 1968.